

JUANA TRULLAS:
"Días de vieja primavera".
Ed. Planeta. Barcelona 1981

Nos encontramos ante una novela de buena construcción literaria, de estilo realista y gran fuerza dramática.

La obra transcurre reflejando el acontecer interior de siete mujeres de edades entre cuarenta y nueve y setenta años, en una residencia de lujo en la Barcelona de los años 80.

Varios niveles se entremezclan de una manera pausada, pero de tensión creciente, en la realidad, correctamente descrita, de estos per-

sonajes femeninos marcados con una matiz fatalista de la existencia.

Desde el punto de vista psicológico, podemos decir que los actores de esta parcela de la vida que constituye el relato están perfectamente definidos, y dominados por un mismo tema: el tiempo. El presente casi anulado por el pasado y amenazado de muerte. Días angustiosos bajo el peso de los fantasmas nunca olvidados, cercados por el futuro cada vez más incierto y temido. El final de las ilusiones, los proyectos, del propio equilibrio biológico, de una mente agobiada por la impotencia, y empobrecida de recursos. Son personas que luchan contra sus condicionamientos, planteando de una manera objetiva, lejana de tópicos feministas, sus posibilidades de salir a flote.

La autora denota un extenso conocimiento de la historia política y sociológica de nuestro país durante el siglo XX, expresando una considerable capacidad de comprensión del alma humana, desgarrada por las características cambiantes del medio en el que se desenvuelve. Este es un problema clave en la novela: la vejez como deterioro físico y mental, como la derrota ante un mundo que se ha hecho "otro" casi imperceptiblemente y al cual no puede adaptarse. La consabida querella generacional, las nuevas modas, las viejas pasiones, el hábitat modificado por el progreso, la comunicación y el cansancio, son asuntos enlazados a lo largo de las páginas con el hilo gris de la nostalgia.

Y aquí incide un valor enormemente positivo de la obra: el espíritu poético, desguazado con lentitud en su discurso aparentemente frío y terrible.

Valgan algunos ejemplos del modo y contenido de la exposición, así como de lo anteriormente comentado:

"Se agarró con fuerza al asa de la maleta, ya único eslabón que la ataba a su vida anterior". (Pág. 6)

"Árboles (.....) que extendían al cielo gris del invierno los látigos zigzagueantes de sus ramas desnudas". (Pág. 10)

"Ellos se conocen y saben que ante una mujer sola no pueden adoptar otra actitud que la del conquistador o de algo peor. Tienen moral de estercolero. Pero no es culpa suya; les han criado así. En el fondo, las responsables somos las madres. Las mujeres apedreamos nuestro propio tejado".

"A lo lejos se escuchó un repique, y las campanas, lúgubres, se desparramaron para morir en los zagueros oscuros de los viejos palacios". (Pág. 75).

"Entre los pelos de la barba y el bigote inmenso, los dientes brillaban como porcelana en un aparador". (Pág. 148)

"..... una retahíla de reproches, como traca final de nuestra equivocación". (Pág. 159)

"Es como si el silencio actuara de médium entre el pasado y el presente". (Pág. 162)

La narración va dosificando los fracasos, la juventud apenas disfrutada de unas mujeres víctimas de la guerra civil, de los estrechos conceptos morales recibidos en la infancia, y de sus propias limitaciones.

El recuerdo se convierte en la trama negra y amarga de una madurez casi estéril, confundida, perdida en una soledad sin paliativos. La individualidad de cada una reacciona de modo diferente, en una gama ridícula, humana, de comportamientos, que van desde la rebeldía, la inercia, el misticismo, la sensualidad, el trabajo, a la autodestrucción.

Ana María CULEBRAS

APROXIMACION DE URGENCIA A LA POESIA VENEZOLANA

Toda obra de arte se considera no como un hecho efímero sino como un acto de gran alcance. Surge de la realidad y actúa sobre ella. Sin lugar a dudas toda obra está enmarcada en un contexto personal y político que de algún modo la determina y le impone una función artística o práctica, pero pese a esto todo escrito es ante todo un acto de comunicación. La función del arte —para E. Fischer— no consiste en abrir puertas abiertas sino en abrir puertas cerradas a cal y canto.

La literatura es una verdad y como tal se sirve de ideas, o lo que es lo mismo, de estructuras de poder. El pensamiento no se da aislado sino que nace de un acontecimiento.

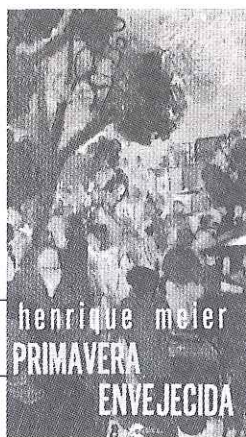
Sirvan las ideas preliminares como espuntes bajo las que intentaremos analizar los poemarios de Juan Martín Echeverría ("Un sentimiento de urgencia"), Orlando Materan Alfonso ("Ese sol que me asesina") y Henrique Meier ("Primavera envejecida") publicados por la Editorial contemporánea de Caracas.

Se trata de tres obras distintas e iguales a la vez. De tres autores que nos pueden servir —aunque no de modo totalmente objetivo para catalizar la poesía venezolana. Tres autores que tienen una misma preocupación común y un estilo semejante. Es difícil tratar de aislar cada obra y estudiarla separadamente, pues existe una unidad temática comparti-

da, un lirismo análogo caracterizado por un ritmo fluido rayando en la sencillez, por un lenguaje preciso, dúctil, por una inventiva lúdica que se esmera continuamente en un vital sometimiento de la idea a la emoción.

Estos poetas crean una poesía hermética, cerrada al mundo. Es el lenguaje para ellos el medio de expresar sus acontecimientos más íntimos, sus más hondos sentimientos, sus dudas psicológicas, pero nunca el dolor externo de los hombres, la alegría de las gentes....

Es en Orlando Materan donde se vislumbra una salida poética, donde vibra un retazo de futuro como sentir propio de una colectividad a modo de Blas de Otero en "Con la inmensa



mayoría", este autor pregunta por la palabra para pedir la paz: "Dónde está la palabra/ que acabe con tanto odio,/ con la guerra/ con la miseria..." e intenta una respuesta subjetiva, neorromántica "Cuando olvidemos/ un poco o algo de nosotros,/ cuando dejemos de ser fieras,/ de mirarnos como nos miramos,/ quizás venga la paz entre los humanos". Sin embargo su solución estética y moral ya estaba dada e incluso superada.

Estos tres autores ejercen una poesía impresionista donde el autor/lector se confunden, donde el artista no es más que un receptor de sensaciones, un cerebro, un aparato registrador. El poeta, reducido a la soledad, concentrado en sí mismo experimenta el mundo como una serie de estímulos nerviosos, impresiones y estados de ánimo, como caos, como "mi" experiencia, "mi" sensación.

"Aquí estoy/ después de tanto andar,/ vengo de tierras lejanas,/ .. de reír y llorar/ a una misma vez,/ como si mis sentidos/ se confundieran con los astros... (Orlando Materan); "La noche se apodera de mí/ me duele el alma/ y alguien me grita desde dentro" (Henrique Meier); "Estoy celoso de los caminos/ del sudor de tu blusa/ de la falda de rumbo/ que/ existe/ en/ mi/ noche/ .. (J. Martín Echeverría).

No se encuentra en estos tres ejemplos de poesía venezolana el elemento de rebelión, sino el de individualismo escéptico, evasivo, no militante, la actitud de un observador preocupado únicamente por sus impresiones, que no se propone cambiar el mundo, donde su lenguaje es una reinvención, no expresión creadora de una realidad. Es por lo anterior que los autores pertenecen a una "estación cerrada" de la literatura dentro de un contexto surgido ya a primeros de siglo y que fue una gloriosa culminación del arte burgués. La poesía no es mera expresión de ser que aprehende el mundo exterior; es también expresión de un hombre que pertenece a una época, a una clase y a una nación determinada y que posee un temperamento especial.

Los tres libros de los que nos ocupamos no reflejan la época en el que fueron escritos ni la clase a la que pertenecen sus autores ni la

nación que los arroja, simplemente son el eco del temperamento especial de unos individuos.

"El sol/ se quedó sin primavera/ y la habitación/ irremediadamente vacía" (J. M. Echeverría); "Un viejo perro/ que muere en silencio./ El artista desesperado en su tristeza/ incomprendido de los hombres." Henrique Meier); "Advierto en mí cierto fuego/ que incendia la sangre,/ que prende las palabras/ que deja sobre los días profundos tatuajes..." (Orlando Materan).

Orlando Materan ya a los veinte años figuraba en la redacción de la página literaria del Diario "La Religión" y durante tres lustros como redactor, columnista o colaborador de periódicos como "El Universal", "La Tarde", "La Verdad", destacándose como fundador de la Asociación Venezolana de Escritores jóvenes. En 1970 fundará las Ediciones Literarias del "Grupo de Escritores de Venezuela".

La Obra de Juan Martín Echeverría comienza a ser publicada en 1957. Desde 1962 hasta 1969 aparecerán obras como "Agonía", "Suicidio", "Alarido" y "Algunos poemas para un deseo" hasta llegar a "Sin especial remordimiento" (1973) libro en el que se destacan con mayores relieves las cualidades de su autor y el que a su temática de hondas raíces humanas, se agregan una más depurada emoción y una mayor agilidad en el manejo de los recursos poéticos.

Los primeros poemas de Henrique Meier fueron publicados en 1967 en la "Muestra Poética de Escritores jóvenes" de la revista "Lírica Hispana". Doctor de Derecho Administrativo, es profesor de instituciones políticas, Derecho administrativo y Derecho constitucional en la Universidad Católica "Andrés Bello". Henrique Meier, al igual que Materan y Echeverría ha venido cultivando la poesía con fervorosa constancia.

Sean las anteriores notas bibliográficas mínimas para situar dentro de la literatura venezolana a éstos autores que son considerados como importantes poetas dentro del panorama literario de su país. Y que nos auxilian para aproximarnos parcialmente a la poesía de

Venezuela. Pertenecen estos autores a una antigua lírica enraizada en las bases del romanticismo en la que se da una sensación de incomodidad espiritual en un mundo que no se identifica con el del artista; sensación de inestabilidad y aislamiento con la realidad circundante. Poesía que intenta proclamar la absoluta singularidad del individuo, por medio de un lenguaje naturalista la margen de todo devenir social. Así sus temas son el amor, la soledad, el silencio... Una reducción del contenido y de la forma, a una simplicidad estructural, a un circunloquio repetitivo y monótono de emociones sinónimas, a un abusivo empleo de términos y empleados. Con lo que la poesía llega a ser el desde fiero de hacer trascendentes y válidos conceptos y posturas alejados de los movimientos artísticos actuales. La poesía aún sin dejar de ser la expresión de contenidos perceptivos subjetivos debe reflejar —para ser aceptada por el lector, que poesía es comunicación y trata de ser comunicación viva en una doble dirección autor/lector— las ideas de una comunidad, los sentimientos, las preocupaciones de una colectividad y trabajar de modo constante en la búsqueda para dar soluciones alternativas a esos sentimientos y problemas colectivos. Si en la moderna sociedad burguesa el arte tendió a separarse de las ideas sociales y hacer del individuo su objeto de culto. En el mundo actual donde los hombres proclaman que su condición de existencia se desarrolle en paz y no en guerra. Una de las grandes funciones de la literatura —para Ernst Fischer— consiste en que los hombres de uno y otro lado no hablen ya en el vacío sino que comprendan los problemas, los fines y los deseos recíprocos. Esto no nos lleva a negar la importancia de la lírica y menos es nuestra pretensión rechazar la poesía de estos insignes poetas venezolanos sino intentar la búsqueda de nuevos modos de expresión donde el lírico sea a su vez transmisor de un sentir más hondo y reflejo del sentir de una comunidad, que de algún modo son un mismo sentir porque la poesía no ha de ser expresión de una realidad ficticia, sino de una realidad próxima.

José TUVILLA